

“El miedo es el que manda”

Victoria

María Fornaguera

Editorial Norma, Santafé de Bogotá,

196 págs.

Difícil propósito el de penetrar en la psicología femenina, y mucho más cuando se trata de una adolescente desconcertada, un poco aburrida, que intenta, a través de una primera confidencia en el consultorio del psiquiatra, poner en orden la historia de su vida; recurso que le permite a la autora dar comienzo al relato en primera persona.

El monólogo inicial hace que por un momento se recuerde a Virginia Woolf pero luego la novela va adquiriendo un tono propio y la narradora, una joven estudiante, hija, como tantas, de un matrimonio en el que las palabras ya no tienen lugar, va encontrando su propia voz. No sin dificultades, pero en forma progresiva y segura. La situación familiar no es tan insólita; Victoria se encuentra atrapada en el cerco que le ha tendido la vida que le tocó vivir, en el mundo de las convenciones y los intereses creados, el mundo de los “sombras”, como ella y sus amigas llaman a los que diariamente acuden a su casa para adular al padre importante, un conocido senador y, además, profesor universitario que atrae la atención y el interés de algunos estudiantes.



Desde el segundo piso de la casa donde estudian y se dedican a despreciar a los sombras, las tres amigas hacen lo posible para desenmascarar las segundas intenciones de quienes se to-

man el whisky del señor mientras la señora, otra sombra a la que ya ni se le permite hablar en voz alta, recorre lentamente los últimos días de una existencia en la que hace ya tiempo ha dejado de ser.

Profesora universitaria, buena conocedora de la literatura y autora de varios libros, María Fornaguera es hábil en el manejo de recursos estilísticos y en la creación del lenguaje propio de los jóvenes, expresado a través de Victoria. El relato en primera persona establece una especie de complicidad entre el lector y el personaje que va confesando los sentimientos más oscuros a medida que descubre para ambos los motivos que lo llevan a internarse en una enmarañada selva de aventuras interiores y exteriores, que a veces no resultan del todo verosímiles.

Un acontecimiento inesperado, la muerte de la madre, viene a cambiar la óptica del relato y permite el inicio de la aventura que Victoria tiene que vivir, como si hasta ese momento hubiera estado atrapada, inmovilizada, en las órbitas cerradas del círculo familiar, oscilando entre el callado despotismo del padre, que poco se interesa por lo que las mujeres de la familia puedan sentir o pensar, y el abatimiento de la madre que claudicó y se entrega vencida a lo que debe ser la vida: servir, caminar en silencio por una casa donde nadie parece tenerla en cuenta, y cuidar un jardín, estrecho espacio interior al que Victoria mira sin interés desde la ventana de su habitación, pero que luego, cuando la madre se haya ido, podrá ver con nuevos ojos, encontrando allí todo un lenguaje cifrado.

La muerte, la soledad y las nuevas responsabilidades convierten a Victoria de la noche a la mañana en una mujer adulta que tendrá que ocuparse de la casa mientras trata inútilmente de vengar con un silencio doloroso y hostil la memoria de la madre. La incomunicación parece reinar en aquella casona en donde los extraños hablan más que la familia, y en donde las amigas adolescentes vienen por última vez para enfrentar, ellas también, cada una a su manera, la tarea de crecer, de defender y perseguir unos sueños que, como en

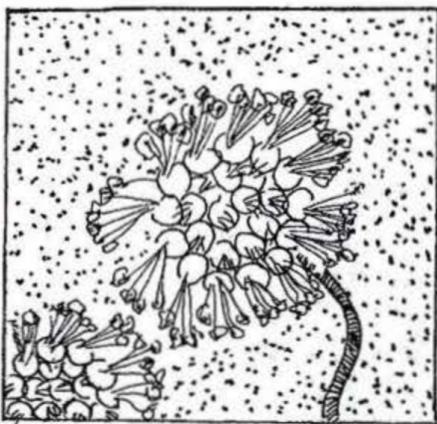
el caso de Teresa, se entretrejen con los de la misma Victoria.

Esta incomunicación revela el desconocimiento del otro. En ella, contra ella, se estrellan los parientes, los amigos, las criadas, como si cada cual viviera encerrado en una esfera propia, imposible de romper. Quizá por eso el afán de perseguir un amor que se va perfilando como tal a través de las sospechas, de las dudas y el rechazo que en el ánimo de las adolescentes despiertan las palabras aduladoras de los sombras en el estudio del senador. La muerte de la madre, a la que Victoria reconoce demasiado tarde que habría querido conocer mejor, es el aguijón que despierta el deseo de apropiarse del alma secreta del callado Pineda, estudiante universitario que acude regularmente a su casa y del que poco o nada saben ella y sus amigas.



Abundante en descripciones, la obra impide a veces que el lector teja sus propias conjeturas, al no recurrir a la insinuación de ciertos estados de ánimo o de algunas situaciones que se podrían haber pintado mejor con la ayuda del diálogo. No obstante lo cual la complejidad de un mundo que se desmorona frente a los ojos de quienes lo habitan se describe de manera adecuada y con un realismo convincente. Si la madre que ha muerto de manera tan inesperada le revela lo doloroso de la incomunicación, el padre es para Victoria el reflejo de ese mundo en el que ya no caben los ideales, no porque no existan, sino porque las fuerzas de lo mezquino, del engaño, de la falsedad y de los intereses personales impiden su realización. Los tres, cada cual a su manera, han sido víctimas de ese mundo caótico, a partir del cual es preciso dar forma a otro.

Para asumir finalmente su propia existencia, y a la manera de tantos iniciados, Victoria deberá internarse en el mundo de la selva, de donde no sabe si saldrá victoriosa o vencida. Perdida desde hacía mucho tiempo la inocencia que le había hecho creer en la realidad del mundo familiar, completamente sola, sin el apoyo paterno ni el aliento de las amigas de la adolescencia, perdida la risa, Victoria encuentra de repente el amor. Es este sentimiento lo que la obliga a reventar el cascarón de aquel huevo protector para hundirse en la maraña de un universo totalmente ajeno, del que sólo sabe que está poblado de peligros.



Como poblado de peligros está también el sentimiento que se ha apoderado de ella en esa forma irracional y repentina y que no le permite ni un instante de sosiego. Del amor poco sabe Victoria. Ha sufrido ese raptó de las facultades al que se referían los antiguos y sólo comprende que ama a Pineda, aquella sombra sospechosa al comienzo, y que poco a poco se fue elevando por encima de los demás aduladores para convertirse en un ser rodeado de un aura de misterio que lo convierte aún más en el objeto amoroso por excelencia. Solitario, inteligente, pobre, intelectual. Ése es Pineda. Calladamente subversivo y contestatario.

Pero ella también lo es, ahora que se atreve a mirar hacia afuera. Es entonces cuando decide dejar todo atrás; y la que hasta ahora había sido una niña mimada y aburrida se aventura por el corazón de la selva en busca de su identidad, de un nuevo orden que le devuelva el sentido a la existencia, y del amor que con unas cuantas frases apasionadas, dirigidas no sabe bien si a ella, o a

quién, parece llamarla con una urgencia ineludible.

Es aquí donde el espacio de la novela se multiplica. Desde el espacio interior de la protagonista se pasa al espacio burgués y asfixiado de su mundo familiar, para seguir hacia el vasto espacio de la selva, aquel mar de verde y negro sacudido por rumores misteriosos, por llamados indescifrables donde se ocultan mil peligros, desde las fieras y los insectos, hasta las pasiones que han llevado a refugiarse en su interior a hombres de toda condición.

No convence mucho aquella figura convencional de la chica disfrazada de hombre que engaña a todo el mundo menos a quien no debe. Empapada de los ideales renovadores de los amigos de Pineda, a los que conoció en las residencias universitarias cuando perseguía una pista que la llevara, con aquella carta doblada sobre el corazón, a los brazos de su amado, Victoria es otra bien diferente a la niña de las primeras páginas del relato. Se hace pasar por un periodista extranjero y así comienza su viaje por la selva.

Sin saber muy bien qué hacer, ni cómo llegar hasta donde supone que se encuentra Pineda, el falso periodista no tiene, sin embargo, que superar muchos obstáculos para encontrar a los guerrilleros que se ocultan en la espesura de las selvas colombianas para regresar a casa viva, la nueva victoria, la que ha dejado atrás a muchas otras, la de la realidad primera, cuando el mundo parecía ser triste pero simple, la que empieza a dudar de todo, personaje femenino y protagonista que se convierte en un ser con mayores posibilidades existenciales.

“Somos todos fugitivos. Es el miedo el que manda. Huyen los presos, huyen los indios, huyen los guerrilleros y las sombras; y como ellos huyo yo, una rebelde acomodada...” (pág. 102).

Interesante la manera como se aborda el encuentro final con el padre, que también ha salido victorioso del derrumbe del mundo del comienzo de la novela y que marca el término de la huida, porque de alguna manera le ha encontrado un nuevo sentido a la existencia. El final ines-

perado es también un final abierto para que el lector acabe de escribir la historia como mejor se le antoje.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

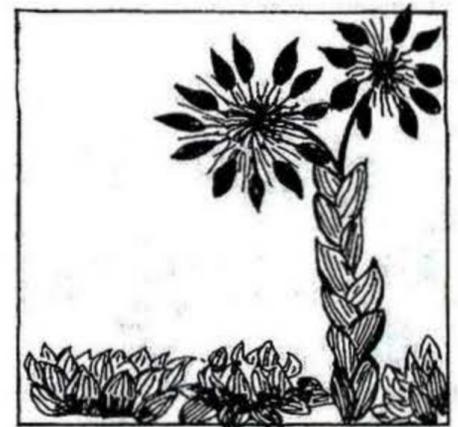
“¡Todo por la plata! ¡Todo por la plata!”

Los elegidos

Alfonso López Michelsen

Editorial Oveja Negra, Santafé de Bogotá, 1999, 259 págs., 8a. ed.

Esta historia de ascenso y caída de un súbdito alemán expulsado de su patria por judío y estigmatizado en Colombia por nazi encierra en sus páginas muy variadas opciones de lectura. Señalaré, en primer lugar, la agilidad con que fluye esta fábula narrativa. Esta suerte de diario-novela redactada por un extranjero que es a la vez el demolidor escrutinio sobre la Colombia de los años 30 y 40 y su clase dirigente elaborado en forma vicaria por quien mejor podía conocerla, redactor a su vez del prólogo con que se presentan estos papeles. Toda una serie de artilugios narrativos para intentar enfriar una hirviente materia polémica, y tomar distancia sobre la misma. Le tocaba tan de cerca que prefería atribuir a otro su análisis.



A partir de allí se esboza y finalmente se concreta la silueta, agobiada desde el comienzo por la fatalista premonición de su destino, de un personaje con las kafkianas iniciales B. K., consumidor de cerveza y salchichón, y quien, a pesar de su falta de gracia, de su rígida